

opone al satanismo aplica el Autor la consagrada distinción empleada para las sectas, a saber: existe un movimiento anti-satanista (laicista) y uno contra-satanista (religioso), así como un movimiento anti- y contra- de carácter racionalista (más bien escéptico) y uno post-racionalista (más bien crédulo). La razón de la furia de los contrasatanistas es obvia: están convencidos de la peligrosidad de un ser sobrehumano. Para los antisatanistas, en cambio, es un modo a menudo inconsciente de descargar sobre un chivo espiatorio (a saber, la sublimación de lo peor que se cela en el abismo del corazón humano) su rechazo de pensar hasta el fondo las contradicciones de una modernidad de matriz ilustrada, de la cual ellos mismos son hijos y herederos. «Si la historia del satanismo es interesante, lo es por su valor emblemático de icono de una cierta modernidad. Si la historia del anti-satanismo es interesante, lo es porque muestra la incapacidad de algunas fuerzas socialmente significativas —laicistas y religiosas— de identificar la causa profunda del malestar que advierten frente a ciertos aspectos de la modernidad, así como la búsqueda de diversivos y de chivos espiatorios» (p. 408).

Al final de este documentado y excelente ensayo la pregunta que se hace el profesor Introigne es obligada: si el satanismo es un fenómeno típicamente moderno, ¿estará ausente en la época post-moderna? Y la respuesta también lo es: el mal estará siempre presente en la humanidad porque el hombre lo lleva dentro; pero que el mal domine al hombre o que el hombre domine al mal depende tan sólo de la libertad humana, de su colaboración con esas fuerzas sobrenaturales buenas —angélicas y divinas— que desean echarle una mano si él les tiende la suya.

J. Villanueva

Roberto JARAMILLO ESCUTIA (ed.), *Monumenta Historica Mexicana*: Tomus I. *Seculum XVI: Documenta edita*, Organización de Agustinos de Latinoamérica (Colección «Monumenta Augustiniana Americana», I), México 1993, 286 pp.

La Organización de Agustinos de América Latina (OALA) ha concebido el proyecto de publicar las diversas fuentes que ilustran el trabajo apostólico desempeñado por los ermitaños de San Agustín (a partir de 1959 denominados agustinos) en el Nuevo Mundo. Se proponen terminar este trabajo en el año 2033, quinto centenario del arribo de los primeros frailes a México. Según se lee en la introducción, confían así «que las próximas generaciones puedan escribir con la acuciosidad de la ciencia histórica, la vida y costumbres de estos frailes, en el contexto de la época colonial». Este primer volumen de la serie *Monumenta Augustiniana Americana* se dedica a Nueva España durante el siglo XVI, y recoge más de doscientos documentos (diez inéditos) recopilados por Carlos Alonso Vañes y Roberto Jaramillo Escutia; éste último, profesor de Historia de la Iglesia de la Universidad Pontificia de México, ha sido el responsable de la edición.

Como es sabido, los agustinos llegaron a Nueva España en un momento bastante temprano. Ya en 1543 quedaba constituida la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de México. De esta forma, pudieron dedicarse a la evangelización de los indígenas, además de atender a los hispano-criollos. Su campo geográfico de acción fue la región en torno a México y la zona de Michoacán, que llegaría a formar la provincia independiente de San Nicolás de Tolentino, en 1602. Respecto a las etnias indígenas, labraron con los huastecas, otomíes, chichimecas y tarascos. Juan de Grijalva ha dejado en su obra *Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de Nueva España... des-*

de el año de 1533 hasta el de 1592, páginas muy enjundiosas sobre la labor de sus compañeros de religión en el virreinato novohispano.

Entre los documentos recopilados en estos *Monumenta*, encontramos pareceres de agustinos acerca de muy variados temas. A veces en forma colectiva, como el informe sobre las Leyes Nuevas de 1542; en otras ocasiones se ofrecen visiones personales, como la carta sobre el buen gobierno de las Indias de fray Pedro Juárez de Mendoza (1572), o el interesante memorial de fray Guillermo de Santa María (1580), acerca de la guerra chichimeca. Como no podía ser menos, la gran figura de fray Alonso de la Vera Cruz es recurrente en este repertorio, reflejando diversos aspectos de su labor como provincial de la orden e intelectual eminente.

Sobresalen también diversos documentos relativos a la gran contribución agustina al descubrimiento y evangelización de Filipinas, en la que fray Andrés de Urdaneta ocupa un lugar destacado. Hay también referencias a vidriosos problemas, como las tensiones con los arzobispos mexicanos Montúfar y Moya de Contreras, en torno a la compleja sustitución de los religiosos por el clero secular. Por su interés etnohistórico, cabe destacar la relación de fray Nicolás de Wite (1554) acerca de los tributos de huastecas y chichimecas en tiempos de su gentilidad. No faltan en estos *Monumenta* diversas estadísticas de la labor de los Ermitaños de San Agustín. Sobre todo descuellan las abundantes relaciones de las doctrinas encomendadas en 1571, escritas por los diferentes padres priores.

Una obra, en suma, que nos ayuda a penetrar mejor en las riquezas del siglo XVI mexicano, y que compele a desear la progresiva publicación de la entera serie «*Monumenta Augustiniana Americana*».

L. Martínez Ferrer

Joseph KELLY, *Dictionnaire du Christianisme ancien*, trad. del original inglés por Jean Denis Berger, Brepols, Turnhout 1994, 278 pp.

Es una obra, preparada por el Prof. Joseph F. Kelly, de la John Carrol University (Cleveland, Ohio), destinada sobre todo a aquellos que, sin ser especialistas en la materia, se interesan por el cristianismo antiguo. Es un instrumento de trabajo manejable y voluntariamente conciso para cualquier consulta breve y rápida.

Deliberadamente ha pretendido el autor que fuera breve en aras de lo práctico. Por ello también se limita el contenido a los hombres y mujeres así como a los acontecimientos, movimientos y términos religiosos que pueden contener mayor interés para el lector.

No es solamente un trabajo descriptivo, sino que en ocasiones introduce algunos juicios de valor y precisiones, donde según la opinión del autor la necesidad lo requiere. Dada la corta extensión de la obra, inevitablemente se debe centrar en los temas y personajes más célebres y consolidados. Prescinde de discusiones históricas, de precisiones geográficas, y de artículos demasiado extensos referidos a lugares o ciudades como Roma o Constantinopla, contentándose con las líneas fundamentales para una recta comprensión. También ha evitado la extensión en los grandes temas teológicos, como Dios o la gracia, etc. pues requerirían un desarrollo detallado: para ello remite a obras especializadas, colecciones y enciclopedias, bastantes de ellas citadas en la bibliografía.

El libro comprende desde el siglo I al VI, excluyendo los personajes y las informaciones que ya se encuentran en el Nuevo Testamento, pues entiende el autor que existen excelentes diccionarios a este respecto y no sería útil repetir los mismos datos. El término final está pensado más para la Iglesia en Occidente que en Oriente; en Oriente no existe una ruptura como la que ocurre en Occiden-